

DOS TARDES EN MADRID CON HANS WERNER HENZE

JAVIER ALFAYA

HANS Werner Henze es uno de los mayores compositores de nuestro siglo. Su obra, riquísima y variada, comprende ballets, seis sinfonías, varias óperas, música de cámara, dos conciertos para piano y orquesta, uno para violín, oratorias profanas como "Novae de infinito laudes" y "The Raft of the frigate 'Medusa'", música para cine —por ejemplo, para "Muriel", de Alain Resnais; "El joven Törless" (según Musil) y "El honor perdido de Katharina Blum" (según Böll), ambas de su amigo Volker Scholendorff—, etc. Muy joven, cuando tenía veintitún años, allá por 1947, conoció la fama internacional a partir de "Concierto para violín", escrito dentro de la más estricta ortodoxia serialista. Más tarde, Henze ha ido evolucionando, buscando una síntesis entre el dodecafonismo, ritmos stravinskianos y formas neoclásicas. Y se ha convertido en un clásico del siglo XX.

Henze ha venido a Madrid con un propósito concreto: buscar colaboraciones para el festival que desde hace dos años dirige en Montepulciano, en la provincia de Siena, en Toscana. Afincado en Italia desde 1953, el compositor alemán ha puesto en marcha en ese país una experiencia nueva, un festival eminentemente popular, que irradia desde una pequeña ciudad provincial hacia la comarca que la rodea. El prestigio inmenso de Henze ha conseguido la colaboración de grandes artistas que actúan sin cobrar —"sólo pagamos el viaje y garantizamos una cama", dice Henze— que actúan durante unos días, en una experiencia insólita, ante un público eminentemente popular. Un público de jóvenes estudiantes, de campesinos y de trabajadores industriales que pueden escuchar

cualquier clase de música, clásica o contemporánea, ver representar una ópera o un drama clásico, escuchar un recital de poesía o la actuación de un grupo folklórico de cualquier país europeo o del Tercer Mundo.

Pero en el viaje de Henze también ha habido otras motivaciones. Su militancia política —Henze es miembro desde hace años del PCI— lo ha acercado a España a conocer a sus camaradas españoles y a ver el rostro de nuestro país, que no conocía. Henze piensa dedicar a España el próximo festival de Montepulciano. Y quiere que allí se encuentre el testimonio viviente de la resistencia contra el franquismo.

Dos tardes con Hans Werner Henze son una experiencia apasionante. Enormemente simpático, receptivo, interesado por todas las cosas, dotado de una formidable cultura, es un hombre que da la impresión de que no puede aburrirse nunca. Ni siquiera cuando su interlocutor es alguien que, como yo, sólo tiene una casi desmesurada afición por la música, pero técnicamente no entiende ni media palabra de ella. Pero Henze habla de todo, cuenta cosas, explica sus obras, discute sobre la función social del arte, pregunta por el momento político español y por la resistencia antifascista, esboza un panorama de la música en Europa actualmente, cuenta anécdotas deliciosas de W. H. Auden —libretista de dos de sus óperas, "Elegy for the young lovers" y "The Bassarids", adaptación libre esta última de "Las baxantes"— o de su maestro y amigo Igor Stravinsky, que en los diez últimos años de su vida se tomaba dos botellas diarias de whisky y a ello atribuía su admirable longevidad.

También, y en un tono muy triste, de la progresiva deterioración

del ambiente político en su patria, la República Federal Alemana —Henze es westfaliano—. Nos cuenta los ataques a que lo ha sometido ese mediocre aspirante a nuevo Führer llamado Strauss, a sus choques con determinadas casas discográficas. Henze sólo va a Alemania Occidental ahora a cumplir contratos y permanece allí el menor tiempo posible. Nos cuenta la evidente hostilidad de los músicos hacia su persona, sólo paliada "porque saben que yo cobro muy



caro y como son tan elementales eso les parece un signo evidente de distinción". También nos habla de la ofensiva contra escritores y cineastas de posiciones democráticas como Böll, Scholendorff, Feubinder y otros. Y, con cierta esperanza, de la tímida pero real reacción netamente antifascista de algunos sindicatos menos controlados por la burocracia socialdemócrata.

Henze critica duramente el hipervanguardismo musical, al que acusa de desvincularse cada vez más de las masas populares. No ahorra sus ataques a figuras como Pierre Boulez, encerrado en su fantástico mundo tecnológico de la Fundación Pompidou, y, sobre todo, a John Cage, con sus mixtificaciones a base de budismo zen. Y nos habla de sus camaradas y amigos italianos, de Luigi Nono, de Claudio Abbado, de Maurizio Pollini, de Luchino Visconti. Y también de alguien que califica de "gran músico": del español Roberto Gerhard, discípulo director de Arnold Schoenberg, muerto en el exilio inglés por su fidelidad a la República y cuyas obras figuran en el repertorio de numerosas orquestas de Europa y América, pero que son prácticamente desconocidas en nuestro país. Y habla de Mahler —"un ejemplo permanente, un genio que supo fundir el más alto rigor artístico con la captación más fiel de los elementos musicales populares"—, del compositor británico Maxwell-Davies, al que admira profundamente, y de Cuba, de Italia, su segunda patria, y de Gran Bretaña, una nación cuyo espíritu liberal le parece un remanso en una Europa cada vez más autoritaria.

Ahora, Hans Werner Henze se marcha a Londres. A comprar una casa y a grabar un disco de canciones revolucionarias con una casa discográfica afincada en Gran Bretaña. Promete volver pronto a España, en enero. Debe seguir trabajando aquí en busca de colaboraciones para Montepulciano, para seguir conociendo un país al que se había negado a venir siempre para no tropezarse constantemente con la figura del dictador. ■

